

## CAPITULO XX.

### Sitio de Puebla.

Hacia fines del mes de Abril el hambre había comenzado á sentar sus reales entre los sitiados, y hasta los mismos oficiales se habían tenido que poner á media ración. Se dieron órdenes de matar cierto número de caballos y mulas del ejército todos los días para evitar que perecieran de hambre los soldados. Los oficiales se vieron también obligados á participar de la misma alimentación, Pero con todo esto, no se veían señas de rendición en la ciudad sitiada, aunque todo el ejército se había puesto ya á media ración, y el departamento de guerra había dado órdenes de que en ningún caso se hiciera fuego á los sitiadores excepto cuando ellos atacaran; pues el parque era ya tan escaso que se hacía indispensable ir economizando el que quedaba, para estar listos á resistir cualquier intentona de asalto de parte de los franceses; cosa que podía suceder cualquier momento, pues no se podía esperar que éstos ignoraran la condición tan deplorable en que estaban los sitiados.

El General Francisco Paz, comandante de la artillería, había establecido una factoria de pólvora dentro de la ciudad, pero ésta vino á ser inútil en poco tiempo, por la sencilla razón de que los ingredientes para la fabricación se agotaron y no había medio de obtenerlos.

Para fines de Abril los franceses habían llevado ya sus trincheras muy cerca de la ciudad y se habían posesionado de varios edificios dentro de la misma población, y así, con frecuencia solo el ancho de una calle separaba los soldados de los ejércitos contendientes. La pestilencia de los cadáveres en descomposición vino á ser tan intolerable que finalmente el 28 de Abril se convino en suspender las hostilidades por tres horas, que comenzarían á contarse á las diez de



GENERAL FRANCISCO PAZ.

la mañana, para recoger los muertos. Un testigo presencial de lo que sucedió durante esas tres horas de tregua, describe así la escena:

“Los muertos de ambas partes yacían en montones todo á lo largo de nuestro frente, desde El Carmen hasta Santa Inés y Los Loros; y estaban en tal estado de descomposición que nos veíamos obligados á levantarlos con azadas y llevarlos sobre tablas. Fuimos saludados de la manera más cortés por los franceses y nosotros correspondimos sus saludos, y lado á lado trabajamos durante las tres horas señaladas para la desinfección de esta parte de la ciudad; y trabajamos duro. El hedor era algo terrible, y sólo aquel que lo ha experimentado puede formarse una idea de semejante peste. Tan intenso era que muchos comenzamos á ponernos mal del estómago y buen número de soldados no resistieron y se vieron obligados á abandonar el trabajo. Había mucho qué hacer y el tiempo de que se disponía era corto, y así, todos hicieron los mayores esfuerzos para que ese foco de putrefacción que amenazaba á la ciudad con toda clase de pestes pudiera ser removido; y de tal modo nos afanamos en el trabajo, que cuando sonaron las trompetas anunciando el fin de la tregua, todos los muertos que no estaban enterrados bajo los escombros de las ruinas, habían sido removidos y el horrible hedor que se había cernido sobre la ciudad durante muchos días, como plaga amenazadora, se había levantado como si fuera una inmensa tienda de campaña y se había desvanecido en la atmósfera purificante de los cielos, permitiéndonos una vez más, respirar libremente y sin el temor constante de contaminación.”

Por tres horas habían cesado los horrores de la guerra en la ciudad bloqueada, y franceses y mexicanos, austriacos y alemanes, egipcios y turcos, la reunión más cosmopolita de hombres, habían trabajado lado á lado para enterrar á los muertos, entre los cuales había de muchas nacionalidades. Pero re-

pentinamente sonó el clarín de la guerra anunciando la reasunción de las hostilidades; y esos mismos hombres que habían estado trabajando juntos como amigos, cumpliendo con las obligaciones impuestas por igual á cristianos, mahometanos y paganos, la de enterrar á los muertos, dejaron el trabajo que los había ocupado y se lanzaron cada cual á sus filas, y comenzaron una vez más los horrores del sitio con sus constantes ataques, su continuo cañoneo y sus partidas de asalto.

Los franceses continuaron investiendo la ciudad predestinada cada vez más de cerca; y toda esperanza de recibir auxilio de fuera había sido abandonada por todos, á excepción de unos pocos ilusos. Y todavía la ciudad, aún en medio de estos horrores, mostraba ocasionalmente semblante risueño; pues el soldado mexicano es más ó menos fatalista, y siente cierta indiferencia estóica por el sufrimiento cuando las cosas parecen haber llegado al peor estado; estóica indiferencia que indudablemente heredaron de sus antecesores indios. Y así, la vida de la ciudad continuaba más ó menos su curso regular, sin las grandes demostraciones de sufrimiento que se han manifestado en los sitios de muchas de las grandes ciudades de Europa. En Puebla se vió de nuevo la misma capacidad para el sufrimiento pasivo que distinguió los últimos días de la antigua Tenochtitlán, cuando ésta soportó sin quejarse ni esperanzas de escapar, el despiadado y casi continuo bombardeo de los cañones del conquistador Cortés.

Los oficiales iban y venían entre sus hombres, animándolos á continuar la resistencia y exhortándolos á que mostraran con su valor ser leales soldados de la República. Entre estos oficiales uno de los más activos era el General Díaz, quien parecía estar por todos lados y saber todo lo que pasaba dentro de sus líneas. Con fecha 29 de Abril relata Troncoso lo siguiente, que es un bosquejo de lo más interesante sobre el futuro comandante en jefe del ejército mexicano.



LOS EXPLORADORES MEXICANOS HACEN PRISIONERO Á UN JEFE FRANCÉS.

“Los franceses porfían aún con sus trabajos de minas en Pitiminí y la Obligación. En esta última, partiendo de nuestra manzana de San Agustín, ejecuta desde ayer el General Díaz varias galerías de minas; unas á lo largo de la pared que dá para la calle, y otras en dirección del centro de ésta. Me manda llamar á las doce del día y lo encuentro en un ramal.

“Ya ve usted, me dijo, que también nosotros somos ingenieros y sabemos hacer minas.”

“Ya lo veo, mi general, le respondí, y la verdad es que están bien hechas.”

“Pues necesito que me diga usted de dónde ha tomado madera para sostener las tierras de las galerías que ha hecho usted en Pitiminí; si tiene usted, mándeme una buena cantidad.”

“Mi general, madera tenemos de sobra, pues sostenemos las tierras con puertas que tomamos de las casas, y esas puertas, arreglándolas, las recibimos con puntales hechos con los marcos de las mismas.”

“Magnífico, dijo riéndose; puedo disponer de algunas docenas, pero envíeme usted un par de cerrotes. Venga usted á ver mis trabajos y á escuchar los del enemigo.”

En efecto, caminamos á gatas algunos metros, después otros en la dirección del centro de la calle y percibimos perfectamente el trabajo que hacía el enemigo. Un soldado minador nuestro hizo ruido con la pala.

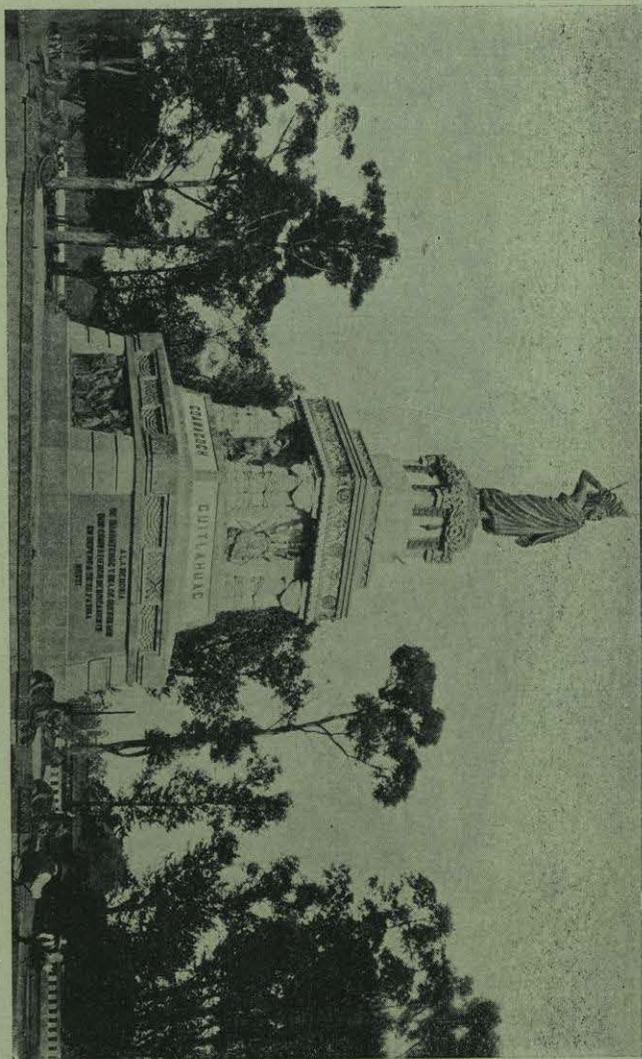
“Nos van á sentir por causa de este hombre, dijo el general; vámonos;” y recomendó el mayor silencio en el trabajo. Salimos de los ramales, y me contó que los iba á llevar hasta debajo de las casas del frente.”

El trabajo de construir fortificaciones, de reparar las que eran destruidas por el enemigo día tras día y de arreglar minas para interceptar los ataques de los sitiadores, prosiguió activamente dentro de la ciudad; y uno de los caracteres más infatigables en esta campaña activa de protección y resistencia era el General Díaz. Pero todos estos esfuerzos eran de

poca utilidad, debido á la escasez de municiones y de materiales para manufacturarlas. Para el 4 de Mayo la factoría de pólvora y balas establecida por el General Paz había casi cesado de trabajar, pues la provisión de salitre y plomo se había agotado. Pero los que estaban colocando minas en el camino del enemigo ignoraban cuán desesperada se había puesto la situación. Por varios días se habían estado preparando para celebrar el 5 de Mayo, aniversario de la famosa derrota de los franceses frente á los muros de la ciudad el año anterior. Tenían la intención de celebrar el día haciendo una viva demostración de desafío contra los invasores; pero cuando se dirigieron al General Paz para obtener el parque que necesitaban para la demostración, informó éste á los generales Hernández y Troncoso, que no era posible dar ni siquiera una libra de pólvora para el objeto; pues la provisión era ya tan reducida, que era absolutamente necesario reservar lo que quedaba para resistir los ataques que se hicieran contra la ciudad. Indicó que no estaba ni aún en capacidad de poder proporcionar carga suficiente para las minas, que habían ocupado tanto tiempo y energía.

Durante muchos días los franceses habían continuado bombardeando las posiciones de la artillería; y ya cierto número de cañones habían sido desmontados é inutilizados de algún otro modo, y los artilleros habían sido tan diezmados que era necesario poner hombres poco experimentados y de otras armas del ejército, para llenar el lugar de los que habían sido muertos ó inhabilitados por accidentes de la guerra ó las enfermedades que habían ya comenzado á azotar duramente la ciudad. Un testigo del sitio dice, refiriéndose á la artillería:

“ Recorrí todo el fuerte, y por todos lados ví evidencias de lo desesperado de la situación. Los cañones de los franceses habían hecho terribles estragos por donde quiera. En muchos lugares los muros de la fortaleza habían sido destruídos y reparados infinidad de veces. Los muertos yacían por



ESTATUA DE CUAUHTEMOC, MÉXICO, D. F.

todos lados, y como les era imposible enterrarlos, los cadáveres habían sido arrojados fuera de los muros, para evitar, hasta cierto grado, el gran peligro de una epidemia que ya había amenazado esa parte de la ciudad desde hacía días. Como se mantenían los hombres ahí, era un misterio; pues el trabajo de reparar las fortificaciones y las trincheras aparentemente no cesaba un solo momento; y todos los días los cañones del enemigo retumbaban sobre este heroico barrio de la ciudad.

“La infantería y toda la demás gente, excepto los artilleros, se habían refugiado en las trincheras, donde se veían obligados á permanecer todo el tiempo que duraba el cañoneo; y de allí, tan luego como se callaban los cañones del enemigo, salían á reparar, con inmenso trabajo, los muros desportillados ó derruídos, ó á resistir alguna embestida del enemigo que procuraba siempre aprovecharse de los estragos causados por los cañones en los muros de la fortaleza.

“A mí el lugar me pareció una gran ruina de muros derruídos, cañones desmontados é inútiles y edificios arruinados. Pero los hombres trabajaban obstinadamente, á pesar de que toda esperanza de éxito había sido enteramente perdida. Sus caras emaciadas y embadurnadas y su desastrada condición, indicaban del modo más gráfico la intensidad de la lucha. Pero por donde quiera estaba en evidencia el carácter estóico del indio, y ni una sola vez oí el menor murmullo de descontento, ni de parte de los soldados ni de los oficiales, aunque estaban todos á media ración y el alimento era de la peor calidad. La enfermedad había también hecho presa en algunos de los soldados y el hedor de los cadáveres en descomposición que estaban fuera de la fortaleza, era casi insoportable.”

“Era el 5 de Mayo, el aniversario del día glorioso en que habíamos derrotado tan señaladamente á los franceses un año antes. Los cañones del enemigo guardaban silencio, y la quietud parecía ultra-

terrena después del casi continuo retumbar de la artillería que había sonado en nuestros oídos durante tantos días. La única queja que oí de parte de los soldados fué de que no hubiera parque para bombardear á los franceses todo el día, como un recuerdo de su derrota de hacía un año."

"Ya la ciudad sitiada había llegado al extremo en que le era imposible contestar de un modo adecuado al cañoneo del enemigo; pues el parque tenía que ser reservado para los fusiles, que se tendrían que usar en caso de un asalto. Los cañones consumían demasiada pólvora y de consiguiente se evitó todo lo posible su uso. Desde este día en adelante la ciudad se mantuvo estrictamente á la defensiva."

"Pero quedaba todavía una pequeña esperanza; pues se creía aún, en ciertos círculos, que le sería posible á Comonfort el introducir provisiones y material de guerra á la ciudad; y se sabía que el gobierno estaba haciendo todo lo posible para enviar auxilios á los sitiados."

Esta última esperanza tuvo, sin embargo, que ser muy luego abandonada; pues Comonfort, comandante en jefe del ejército del centro, fué completamente derrotado en San Lorenzo el 8 de Mayo, y sus fuerzas fueron enteramente dispersadas. Y así desapareció la última probabilidad de socorro para la ciudad sitiada.

Pero algún tiempo antes de esto, Forey había comprendido que sería una empresa demasiado costosa el intentar apoderarse de Puebla por asalto, y así se había decidido á reducir á la ciudad por hambre. Continuamente iba acercando sus líneas de ataque á la ciudad y día tras día la bombardeaba; no dejando pasar uno solo sin hacer algún ataque, y ésto, más con el objeto de cansar á los defensores, que con la intención de capturar ni aún parte de ella por asalto. El plan del comandante francés produjo su resultado natural. Gradualmente los defensores se fueron agotando por el hambre, la fatiga y el desvelo. Pero ma-

la como era la situación, no era insostenible, siempre que hubiera la menor esperanza y hubiera, aunque fuese la más remota posibilidad de la introducción de víveres y materiales de guerra á la población. Aún el mismo General Paz, que tenía á su cargo la factoría de pólvora, y que, por consiguiente, sabía lo desesperado de la situación mejor que ningún otro, á excepción del mismo comandante en jefe, todavía en los primeros días del mes de Mayo animaba á los oficiales y á los soldados con la expectativa de una provisión de municiones de guerra, en momentos en que ya el ejército había sido puesto á media ración y no había suficiente pólvora para permitir á los sitiados el tomar la ofensiva contra los franceses. Indudablemente esperaba que Comonfort lograra romper el bloqueo. Pero la derrota de este último descorazonó enteramente al ejército mexicano enjaulado dentro de los muros de Puebla, presa de la peste y agobiado por el hambre é imposibilitado de atacar al enemigo.

Aunque la batalla de San Lorenzo tuvo lugar el 8 de Mayo, no fué sino hasta la noche del día siguiente cuando las noticias definitivas del desastre llegaron á los sitiados. Sin embargo, desde más temprano del día los franceses habían comenzado á hacer llegar desagradables nuevas acerca de su victoria, á las fortificaciones donde estaba la artillería. He aquí la descripción del General Troncoso de las primeras sospechas que tuvieron de la derrota del ejército del centro al mando de Comonfort, relato escrito en la ciudad de Puebla el día siguiente de la batalla de San Lorenzo:

"Muchos proyectiles enemigos no reventaban, y ésto llamó la atención. El Capitán Matus me presentó una granada de cañón rayado, que en el acto conocí que era americana, llamada la turbina. Esto me sorprendió, pues los franceses no tenían piezas americanas, y sí el General Comonfort. Si las granadas no reventaban era, porque siendo de percusión las espoletas, y muy riesgosas por ser muy sensibles, se

les quitaban para el camino, supliéndolas con un tapón de madera, y se les volvían á poner cuando se cargaba el cañón. Tal vez los franceses ignoraban esto y no habían quitado los tapones. En el acto mandé un oficial al General Paz, enviándole una granada y llamándole la atención en lo que acabo de decir. Yo me preguntaba, ¿cómo era que estuviesen en poder de los franceses esas granadas y, por consiguiente los cañones con que las tiraban? ¿Habrían comprado artillería en los Estados Unidos? ¡Imposible! Ni los americanos se la venderían, ni ellos la necesitaban. ¿Y lo de los tapones, especialmente puestos por nosotros? Pues entonces decididamente las granadas eran las de la artillería del General Comonfort. Le dije lo que pensaba al Coronel José Juan García, quien convino con mis sospechas, que por desgracia se confirmaron en la misma noche.

“Los Generales Paz y García fueron al fuerte y vieron las granadas recogidas. Yo les expresé lo que pensaba, y ésto, que también lo habían pensado ellos, los tenía muy alarmados. En el acto fueron á ver el general en jefe.

“A las ocho y media de la noche supimos que el General Forey había enviado al General González Ortega, en la tarde, unos prisioneros hechos al General Comonfort en San Lorenzo, donde lo habían derrotado. Esta clase de noticias corren, como por electricidad, y todo el mundo sabía este descalabro á las diez de la noche. La noticia causó profunda pena, pues además de que se unía á la falta de víveres y municiones, eran fuerzas nuestras las derrotadas, y no estamos sobrados de tropas. No hay duda que en el cañoneo de hoy sobre Ingenieros, nos despacharon todos los proyectiles quitados al General Comonfort.”

Aprovechando la oportunidad que presentó la devolución de algunos prisioneros que se debían á la guarnición de Puebla en virtud del cange que antes se había pactado, el General Forey dió á los sitiados la siguiente noticia de su triunfo en San Lorenzo:



GENERAL EUTIMIO PINZÓN.

“Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del General en Jefe.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Señor General en Jefe. La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del señor General Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debía, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habéis elegido este punto, que supongo que os conviene más que cualquier otro, y mientras no me indiquéis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

“Con el fin de que V. E. no sea engañado (sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo) por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera más escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

“Han caído también en nuestro poder ocho piezas de artillería, de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

“Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil! Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

“Recibid, señor General en Jefe, las seguridades de mi alta consideración. El General en Jefe del cuer-

po expedicionario de México.—Forey.—A S. E. el General Ortega, jefe del ejército de Oriente, Puebla.

El General Ortega dió la siguiente respuesta:

“Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Señor General en Jefe: Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convención del día 4 de este mes, y además quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que se hallaban en estado de convalecencia.

“Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, señor General, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero, á mi vez, yo también me permito decir á V. E., consultando sólo de una manera fría y glacial la verdad y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó mancillar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervención extranjera en los negocios de su política interior.

“Veo en la comunicación de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestación que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuera el poder de esa grande y culta nación, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinión de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.—Otega.”